



Cultura, Compromiso y 98?

“Cultura y Compromiso” es voz que causó baja del rancio vocabulario de la España del 98. España anclada, como no, en un “demodé” Diccionario de lo Políticamente Correcto. Cultura y Compromiso eran una sola en las playas recién abiertas de la libertad tras la muerte del General Franco. El Compromiso fue “Casa Común” y, en más de una ocasión, vehículo propicio para una izquierda que trataba de articular una nueva sistemática cultural. Será, significativamente, el Golpe de Estado de 1981 y sus inmediatas consecuencias políticas las que marcarán el fin del modelo utópico. Y la dogmática implantación desde el Estado de una convenientemente manipulada “Postmodernidad” como nuevo Paradigma Cultural. Bajo este paraguas “ideológico” asistimos a la articulación y puesta en marcha de la mayor Empresa Pública de Distribución Cultural que jamás haya existido en el Estado Español. El Estado crea una estructura en la que la *Producción* -Escuelas, Talleres y Facultades-, la *Distribución* ya objetual -Salas de Exposición, Teatros, Bibliotecas, Filmotecas, etc.- ya ideológica -TVE, RNE, Publicaciones, Revistas- y el *Consumo* -gratuidad de gran número de eventos “socio-culturales”- pasan a estar mediatizados -esto es, políticamente controlados- por los poderes locales. Una *Red* cuyas consecuencias en lo social aun son difícilmente evaluables. Los Agentes Culturales, hasta entonces limitados por una iniciativa privada aferrada, en muchos casos, a modelos decimonónicos, toman por asalto el nuevo para-

digma cultural. Es el momento de dotar de cuadros a las instituciones. En pocos años asistimos a una verdadera revolución en el panorama cultural de los que el MNCARS, ARCO o LÁPIZ son sólo algunos ejemplos. Las instituciones privadas contemplan, con horror, como, de ser proveedoras pasan a ser meros clientes de una estructura fuertemente territorializada. La Cultura, *de facto*, ha sido nacionalizada por los socialistas. Sin embargo, el objetivo trazado, la articulación de una nueva cultura que fuese identificada tanto en el interior como en el exterior con el nuevo modelo político “Movida/Democracia” (del mismo modo que ocurriera en los años 60 entre “Informalismo y Democracia Orgánica”) no será posible sin la participación en el proceso de la figura clave del intermediario que desata una inflación sin precedentes en el mercado español. El Modelo Cultural será rápida y subrepticamente suplantado por un Modelo Económico ultraliberal en el que primará la especulación sobre lo estético. Lo que la llamada “Postmodernidad Española” genera, en realidad, es un gigantesco simulacro de cultura. Un enorme mercado ficticio en el que la ideología es un valor a la baja. De hecho, a lo que realmente asistimos, es a un feroz y perverso proceso desideologizador que toma como herramienta el más descarado plagio directo de los cánones americano y europeos del Gran Mercado. El nuevo paradigma, bendecido por la “nueva crítica” es “El Arte y la Política son dos mundos apartes. Si el Arte es Político, no es Arte”

(entiéndase aquí por “político” cualquier reflexión o crítica contra el Mercado). De esta manera, encontramos en el Mundo de la Cultura, antes aún que en el ámbito de la política el modelo del “Pensamiento Único”. Este reaccionario proceso de deconstrucción cuenta en su haber, no obstante, con un importante apoyo para su establecimiento. De un lado, el Mercado, exhausto por las pérdidas millonarias provocadas por la hiperinflación del mercado de los años 80, buscan, a partir de mediados de esta década “nuevos valores” para una nueva clientela “no quemada”. La adecuación del “gusto” a la nueva burguesía de los 90 supone un giro copernicano en la escena española. Asistimos -aunque no queramos- a otro “Regreso al orden”. Por otra parte, el agotamiento de un modelo, ya en crisis cuando se implanta en el Estado, provoca una aguda anorexia en la crítica. La crítica española cae, en última instancia, en brazos del pensamiento débil. El 98 se debate así entre la inconsistencia y la inexistencia de una Crítica que, lejos de generar una catarsis que le permita superar el agotamiento de los modelos teóricos que ellos mismos han colaborado a establecer, se enrocan en posiciones reaccionarias e inmovilistas. Recientemente un grupo de críticos españoles -entre los que no se contaba, significativamente, ningún canario- ¿Hay Crítica en Canarias? -definían, en un texto que ha salido al mercado estos días, la situación actual con un término. Con esta voz, que ocupa hoy las tertulias inútiles del café isleño terminamos. IMPASSE.